

**CÓMO ESCRIBIR
UN CÓCTEL
MOLOTOV
LITERARIO
(Y NO DEJARSE
MATAR EN EL
INTENTO)**

MAIKEL SOFIEL RAMÍREZ CRUZ



Maikel Sofiel Ramírez Cruz

**CÓMO ESCRIBIR UN CÓCTEL
MOLOTOV LITERARIO
(Y NO DEJARSE MATAR EN
EL INTENTO)**



Para Cuba y su gente que a pesar de todo renace todos
los días.

Para Antonio Borrego Aguilera, Q. E. P. D.

Para mis hijas, Claudia y Sofía Solange: otro puñado de
mis escritos. Y aunque sé muy bien que no son gran
cosa, este libro también es parte de mi legado.

ESCRITOR EN EL MARGEN

«Este no es un libro en el sentido común de la palabra.
No, es un insulto prolongado, un escupitajo en la cara
del arte...»

Henry Miller

Cómo escribir un cóctel molotov literario (y no dejarse matar en el intento)

Esta obra nace de una necesidad personal: no pretende acusar ni representar a nadie, ni liderar causas, ni redimir realidades. Aquí no hay discursos ni lecciones; es solo un manojo de textos escritos desde el agotamiento y la urgencia por soltar lo que pesa como un monolito. Soy un hombre que escribe por necesidad y también por elección, desde un lugar y con una voz que eligió y que lo define; un tipo que no romantiza y que sabe que escribir así duele, pero también salva.

Este no es un texto pulido con palabras bonitas. Es, más bien, el testimonio de quien escribe con las manos rotas y las vísceras al descubierto, desde el puto fango, ahí donde la literatura se convierte en un acto de resistencia. Este es el resultado de escribir como escribo en un país donde ciertos funcionarios culturales y algunos escritores que se creen mejores que nadie te observan con desdén. Toca entonces rebelarse, toca escupir las verdades, aunque duelan, aunque huelan a mierda, aunque te señalen y murmuren.

Aquí no hay concesiones. Estas páginas huelen a sudor en apagón, a ron barato, a lágrimas derramadas

sobre almohadas sucias. Hablan de niños que lloran sin lágrimas, de ancianos que suplican por un pan bajo un sol de más de cincuenta grados. Es la Cuba que duele, la que se describe con malas palabras porque la vida aquí también es mala, y cruda, y descarnada. La auto ficción se mezcla con la crónica, el poema con el manifiesto, el lamento con la carcajada ácida: un rompecabezas de géneros literarios.

Me han ignorado y han negado mi existencia porque mi realismo es “demasiado crudo, descarnado y visceral”, y porque abuso de las malas palabras, como si estas no fueran parte inseparable del habla popular cubana, de nuestra cultura, desde el surgimiento mismo de la nación. Y esto no es paranoia, los hechos lo demuestran.

Recuerdo una noche de lecturas en el taller literario Cucalambé de Las Tunas. Leí un texto y algunos miembros se fueron levantando, uno tras otro, hasta largarse. “Demasiado crudo”, dijo alguien. “¿Eso se puede hacer?”, preguntó otro. Yo era muy joven entonces y trataba de evitar las malas palabras, pero luego pensé: así es como me siento más cómodo; así puedo expresar lo que quiero. Que se vayan a la mierda.

Al que no le guste que no me lea y listo, que no asista a las tertulias donde me inviten a leer.

Años después, publiqué un capítulo de Balada en re menor en el sitio web español Litteratura. Un gran escritor cubano, que hoy es mi amigo, me contactó en privado para decirme que el texto tenía mucha fuerza y buen ritmo, pero que tratara de evitar las interjecciones y el lenguaje vulgar. “Si acaso, deja una o dos malas palabras para no abusar del lector ni parecer vulgar”, sugirió. Con el mayor respeto, le respondí que el uso del lenguaje crudo era una elección estética consciente. No podría ceder: sería como rasgar mi voz para fingir que soy otro.

Por eso creo que no debe confundirse la modestia y la humildad con la falta de amor propio o con baja autoestima. Tampoco es sensato confundir la vulnerabilidad y la alta sensibilidad con la cobardía. Ese es un terreno muy peligroso. Me pongo letal. Si ya saben cómo soy, para qué me buscan y si no lo sabían, ya les queda claro.

Pienso que resulta necesario aclarar que no es lo mismo escribir desde cierta estética que ser percibido, por ello, como alguien con falta de talento o escaso dominio técnico. Un escritor que se respete debe definir

y asumir una postura ética, estética, e incluso política, y no debería hacer otra cosa que defenderla con firmeza, asumiendo con entereza las consecuencias de lo que hace.

Por otro lado, un creador puede adentrarse en los recovecos de su pensamiento e ir a la izquierda o a la derecha, o dar vueltas en círculos poseído por su voz interior. Si escribe una novela, un poema o un cuento, y el resultado es un producto de dudosa calidad —lo cual, por cierto, es muy complicado de definir dada la naturaleza en extremo subjetiva del arte—, es porque tal vez le falte oficio o talento. Pero si consigue expresar claramente sus ideas, transmitir sus emociones, meter al lector bajo la piel del personaje y provocar una reacción, aunque sea mediante un aparente desorden, no podemos afirmar que el escritor tiene problemas de redacción: el punto es que, justamente, ese es su estilo, sea consciente o no.

Si el texto golpea al lector como un piñazo, el autor debería sentirse más que satisfecho con el resultado, aunque eso no significa que crea que no debe superarse en los próximos trabajos. Un escritor que no se desafíe a sí mismo porque piensa que alcanzó la perfección no es otra cosa que un mediocre.

Ojalá no falten aquellos que, dominen o no la técnica y la gramática, nunca renuncien a su poética y a ser quienes son, ni dejen jamás de intentar superarse en cada entrega.

Escribo y pienso en todo lo que aprendí a las malas, a golpes de rechazo y de páginas que muchos se negaron a publicar. Pero aquí sigo.

También ocurrió que alguien le habló de mí a una reconocida poeta de la filial de Escritores de la UNEAC en Las Tunas. Ella me atendió amablemente y me preguntó si tenía algún texto relacionado con Cervantes para una antología que se publicaría en España. Revisé mis escritos y encontré “Ejercicio narrativo”, un relato en forma de monólogo epistolar dedicado a una de mis profesoras de los años 90. Decidí mejorarlo: mi personaje se refería a su profesora como “su Dulcinea de Chaparra” e incorporé un pasaje inspirado en el Quijote. A la escritora le pareció excelente, pero al editor en España no. Reconozco que el relato es transgresor: el personaje es sorprendido mientras se masturba espionando por una rendija y, en sus pensamientos, compara a la docente con la amada de Don Quijote. Imagino que resultó demasiado irreverente, teniendo en cuenta lo elevado del corpus literario.

Sé muy bien que puedo incomodar, pero no escribo para complacer, lo hago para compartir lo que no puedo callar. Cualquier semejanza con ciertas realidades resulta inevitable. Así es mi literatura: una bitácora emocional, una ficción que se nutre de lo vivencial.

No escribo para que me publiquen aquí o allá y mucho menos para ganar premios, de hecho, a lo largo de mi vida he concursado en pocas ocasiones. Pienso que el arte en general y en mi caso la literatura, no tienen absolutamente nada que ver con una carrera de 100 metros planos. Eso es atletismo. Yo no escribo por esa razón, yo escribo por una necesidad insustituible: si no lo hago reviento como una bomba. Si una idea comienza a darme vueltas en la cabeza y no escribo, entonces no puedo dormir, ni follar, ni malvivir. Cada palabra no escrita se me atraviesa en la garganta como una espina de tenca, por tanto prefiero vomitar frente a cualquiera antes de ahogarme en silencio o encasillarme dentro de lo políticamente correcto o dentro de esa literatura pulida que llaman de altísimo nivel. Mejor déjenme aquí “abajo”, que justamente aquí es donde me siento genial.

Así que seguiré escribiendo desde mi realidad; seguiré escarbando sobre las cosas que pasan y todavía hay quien se hace el bizco para verlas dobles. No tengo planes de hacer concesiones, no dejaré de usar lenguaje vulgar, tan mal visto por lo más elevado y sublime de una intelectualidad recatada y, en ocasiones, hipócrita. Y esto lo digo porque un montón no escribe así, pero así se expresa a diario. Qué ironía, ¿verdad? No pienso detenerme, ni aunque amarren mis manos, porque cada rechazo es un hueso roto que, al soldar, me hace más fuerte y más terco.

Las palabras que van brotando se convierten en testimonio, en la muestra de que escribir es una declaración de principios frente a un mundo que prefiere callar lo crudo y no llamar las cosas por su nombre. Aquí reposan las cicatrices de cada rechazo, de cada intento por borrar o cambiar mis palabras. No busco ni necesito la validación de un consejo editorial ni el aplauso de ningún jurado; lo que me impulsa es la certeza de que, en cada palabra, late mi verdad.

Este cóctel Molotov literario es un homenaje a los que se niegan a ser encasillados, a los que transgreden y no se dejan domesticar; es un tributo para

quienes la marginalidad no es un defecto, sino su hábitat natural.

Carta inconclusa a Reinaldo Arenas

Querido Rey,

Te escribo desde el mismo infierno tropical que describiste en tus libros. No sé si esta carta te llegará, pero necesito hablarte, aunque sea a través del humo de los manuscritos quemados y los susurros de los espectros que hoy nos habitan.

Tus palabras me persiguen. Cada vez que escribo «mierda» en una página, recuerdo cómo te acusaron de lo mismo. Yo también prefiero vomitar sangre antes que tragarme el silencio, pero a veces el miedo me corroe, Reinaldo. ¿Cómo hiciste para no romperte? ¿Cómo lograste seguir escribiendo mientras te arrancaban pedazo a pedazo?

Aquí, en esta isla que tanto amaste y odiaste, todavía hay escritores que escriben con las tripas. Pocos, pero hay. Pero rara vez nos encierran: ahora nos borran. Nos convierten en polvo tóxico que nadie quiere respirar. Hoy, como a ti, nos dicen que nuestra literatura «no encaja», «no conviene». Y las editoriales nos dan excusas ingenuas para rechazar nuestros libros. Sin embargo, sigo aquí, garabateando viejos cuadernos, soñando con trascender de algún modo, metiendo ron

barato y maldiciendo a los mismos fantasmas de siempre.

Me pregunto si todavía te ríes de ellos. Si miras desde allá arriba —o desde abajo, quién sabe dónde coño estás— cómo repiten los mismos errores, cómo desprecian a los que llevamos el realismo más crudo tatuado en la piel. A veces, en las noches, creo escuchar tu voz entre las sombras: «No les des el gusto de callar, muchacho. Escribe como si cada línea fuera un golpe mortal».

Pero hoy no tengo fuerzas, Reinaldo. Solo tengo esta rabia que no me cabe en el pecho y estas literatura de mierda que nadie quiere publicar. Me dijeron que mi realismo roza lo porno, que no es Alta Literatura. Juro que siento como si me echaran junto a mis libros a una hoguera de «literatura no válida». Incluso en mis sueños percibo el olor a papel chamuscado.

Tal vez por eso esta carta no tendrá final. Porque tú y yo sabemos que aquí ninguna historia termina: solo se interrumpe y se vuelve a repetir. Así que seguiré escribiéndote entre líneas, en los márgenes de las páginas de los libros y en las paredes de los baños públicos, ahí donde los poetas esconden sus mejores versos.

Y si alguien encuentra estas palabras, que sepan que fuimos dos locos hablando desde el borde del abismo; tú desde tu cima inalcanzable y yo desde mi rincón provinciano de mierda.

Mensaje en una botella para Virgilio Piñera

Virgilio, cabrón:

Teniendo en cuenta la maldita circunstancia del agua por todas partes, esta porquería de carta va flotando en una botella de ron barato, la misma que vacié anoche mientras te escribía. Tú lo sabes mejor que nadie: aquí el mar está podrido. Las olas escupen residuos y los peces se ahogan en agua mezclada con las lágrimas de los que ya no pueden llorar.

¿Te acuerdas cuando te tacharon de «degenerado» por decir lo que todos callaban? Pues aquí estoy, Virgilio, repitiendo tu historia con un sabor a derrota que duele hasta el tuétano. Me dicen que mi realismo «huele a cloacas», que mi lenguaje es vulgar, que mis personajes son «putas y borrachos sin dignidad».

Tú escribiste desde el frío de los inviernos habaneros que te congelaba los cojones. Yo escribo desde el calor de una provincia oriental, con un ventilador to' despingao que no gira, y una hija de cuatro años que no entiende por qué no hay leche para desayunar. ¿Ves? Esto está bien jodido, y casi nadie quiere hablar de la situación. No quieren hablar de las

carencias, del calor asfixiante o de las putas y de los travestis que se venden en los parques o de los que ofrecen servicios sexuales por las redes sociales. Se sigue prefiriendo el silencio al grito de los hijos de puta que nos atrevemos a decir «aquí hay mierda, coño, y huele mal».

A veces pienso que tu fantasma me observa desde algún rincón de este caluroso infierno caribeño. Que te ríes mientras me esquivan en las tertulias, mientras me cierran las puertas de las editoriales como si fuera un perro pulgoso. «Aguanta, coño, no seas pendejo», me pareció escuchar la otra noche; ni sé si era tu voz, pero eso creí. Entonces desperté bañado en sudor y con los mosquitos dándose un banquete sobre mi piel. Pero yo no tengo tu elegancia, Virgilio, yo escupo la bilis sobre mis páginas.

¿Sabes lo único que me queda? Esta cabrona terquedad, o este instinto suicida. No sé definir qué cosa es. Supongo que es terquedad, porque mientras malvivo sigo intentando malograr versos. Porque aquí, como en tu época, escribir es tratar de resingar al que te resinga. Es cagarse sobre la tumba de los que quieren enterrarte vivo.

Si esta botella llega a tus manos, quiero que sepas que seguiré escribiendo, porque esto que escribo no es literatura, Virgilio, ellos tienen razón: esto es una patada en los mismísimos cojones del arte, algo así escribió Henry Miller.

Mensaje para Guillermo Vidal Ortiz

Lamento no haber rozado siquiera el aire que respiraste, lamento muchísimo no haber intercambiado unas palabras o un café contigo en alguna esquina de la ciudad o en una tertulia. Te cuento que hoy, los mismos que te pusieron zancadillas y trataron de condenarte al silencio pronuncian discursos edulcorados en ferias y eventos literarios, como si en aquel entonces hubieran estado de tu lado... La hipocresía huele a mierda de perros, ¿verdad, Guille?

Quiero confesarte algunas cosas. Hace años traté de robarme la edición dominicana de tu novela Las manzanas del paraíso de la Biblioteca Pública de Las Tunas. Sí, robármela, pero me sorprendieron. Es que era ejemplar único en la sala patrimonial y yo pensé que esa era la mejor manera de tenerte cerca, a ver si podía contagiarme con un poco de tu talento inigualable. Luego, o antes, no recuerdo ahora mismo con exactitud, en Puerto Padre traté de hacerme de un ejemplar que le dedicaste a tu querida María Liliana Celorrio, pero el hijo armó un escándalo y no me quedó otra opción que devolverlo, pero varios meses y escándalos después, lleno de marcas y subrayados que delataban mi

obsesión por tu obra. Aquella novela me sacudió como el golpe de un plan de machete en el pecho. Fue amor a primera lectura, de esos que no tienen explicación: es que tu prosa es adictiva, Guille, igual que sucede con esas sustancias prohibidas. Entonces me convertí en un ladrón y un cómplice de tus personajes. Desde entonces trato de escribir como tú. Lo confieso, trato de imitar tu estilo, pero no hay manera de que lo consiga. Es que tú eres demasiado grande, Guille, y yo no soy más que un aprendiz.

Hoy releo Matarile, esa obra única donde rompiste con la manera tradicional de narrar, de escribir una novela. Te confieso que al leerla en algunos momentos sentí como si me faltara el aire. El lenguaje que usas es extremadamente coloquial y por momentos, galopante, además es muy tunero, incluso utilizas nombres de personas reales, de amigos, familiares y vecinos. Irónicamente no te disculpas por hacerlo. Tú y tus cosas, Guille.

Debo ser honesto contigo: sigo sin perdonarte que no hayas escrito más y que te fueras tan joven. Aunque tal vez, en este lugar de finales trancos, esa era la única salida posible. O nadie sabe, a lo mejor no estás

muerto nada y solo nos estás haciendo una gran broma...

Descansa en paz, MAESTRO. Y desde dondequiera que estés, estoy convencido de que seguirás jodiendo a esos hipócritas con tu obra imborrable.

Soliloquio con el espíritu de Antonio Borrego

Tony, hermano mío:

No sé si reventarme el hígado con ron barato o templar con una puta gorda y sudorosa, para escribir después un relato visceral, realista y maloliente; hacer algo que tú jamás habrías hecho, y mucho menos aprobado.

No sé si llorar como un idiota o escribir hasta que me sangren los dedos y se me revienten los ojos.

Hermano, ¿qué hago con este dolor que me envenena, con esa mierda que me salpica desde la mirada altiva y prepotente de ciertos intelectuales?

¿Qué hago, hermano? ¿Qué hago con este amor absurdo por la literatura si mis libros no se publican, no se promueven, no se validan en mi tierra natal?

¿Qué hago con esta manía de escribir en las madrugadas, aunque esté muerto de hambre y de cansancio?

¿Qué hago con estas ganas de salir corriendo a una editorial y cagarme encima del buró de algún editor?

¿Qué hago con esta obsesión por los herejes, los malditos y los suicidas?

¿Qué hago con este miedo a terminar como tú, gravemente enfermo, desangrándome por dentro?

¿Qué hago, Tony, dímelo tú que fuiste el primero en creer que tenía algo de talento? ¿Qué cojones hago con esa voz que me grita que no soy lo que esperan, porque ni soy profundamente culto ni sirvo para simular y aparentar?

¿Qué hago con esta poética de mierda, con este dolor en los huesos, con esta rabia que me atraviesa como un hacha?

¿Qué hago con esta literatura que ha venido para joderme la vida?

¿Qué hago con todo esto, si no quiero ser como Guillén, ni como Carpentier, si lo que quiero es ser yo mismo: malhumorado, irreverente, malhablado, auténtico?

¿Qué puedo hacer, si aquí ser honesto es casi un acto suicida y escribir de este modo es visto como una suerte de delito?

¿Qué hago con este montón de oídos sordos, con estos poemas que se niegan a morir, aunque nadie los lea?

¿Qué hago contigo, Tony? ¿Te rescato, te invoco, te abrazo o te olvido?

No sé qué coño hacer, hermano.

Solo sé que mi alma arde, que tengo las entrañas llenas de palabras y que no quiero terminar hablando solo en la calle como un paria, como un perro sarnoso, como otro poeta más del puto montón.

De Las Tunas a París

Henry:

Fuiste un animal y lo sabes. Pasaste años comiéndote a June y a Anaïs Nin al mismo tiempo. Lo sé, mi bro, no ganas nada negando, no hay necesidad de ser psicoanalista, para suponer que hicieron todo tipo de cochinas. Y aunque también sé muy bien que no tenías un puto franco en los bolsillos, ¿quién cojones necesita dinero cuando puede darse el lujo estar con mujeres de ese calibre? Tú mismo escribiste: «No tengo dinero, ni recursos, ni esperanzas. Soy el hombre más feliz del mundo». No digo yo, cabrón...

Quiero que sepas que yo, que abiertamente me confieso un ferviente admirador tuyo y de tu “Trópico de Cáncer”, no te envidio. Para nada. Yo también participé en tríos, incluso en orgías, pa’ que te enteres: este humilde servidor, ha tenido la dicha de ir a la cama con poetas extremadamente talentosas. Las dos comiéndose y comiéndome sobre una cama. Obviamente, salvando las distancias: ustedes con la compañía de un buen trago y nosotros bebiendo lo que pudimos conseguir; ustedes en el esplendoroso París de

entreguerras y nosotros en Las Tunas, esta ciudad provinciana clavada en el culo de mi isla.

Vamos a hablar claro, Henry: pienso que tu hambre y la mía se parecen bastante, aunque, en la vida real, los menús sean diferentes. Tú buscabas un pedazo de queso y una copa de vino entre las sábanas de alguna mujer, mientras yo busco en la bodega el pan nuestro de algunos días. Aquí estoy, mi socio, sin corriente y conviviendo con las secuelas del chikungunya. También sufriendo síndrome de abstinencia alcohólica, un poco deprimido y sin dinero. Vaya, que yo siento que estoy totalmente jodido.

Pero sigo aquí, asere, tratando de escribir este insulto antes de que se le acabe la carga a mi teléfono móvil. No soy más que un impostor, lo sé, una copia tuya, pero barata y tropicalizada hasta el agotamiento. Henry, no me jodas, tú tenías el Sena para echar en él tus penas y vaciar tu rabia; yo solo tengo una cañada convertida en vertedero. Tú tenías las calles flamantes de París y siempre estabas quejándote; aquí solo hay baches y polvo, y los abuelos parecen fantasmas en las paradas, a la espera de una guagua que nunca llega.

Me pregunto qué cojones habrías hecho si hubieras vivido aquí, ahora. ¿Escribirías de la

«liberación del ser» cuando te tocara desandar media ciudad para conseguir un poco de arroz o un litro de aceite? ¿O te habrías ahorcado de una mata de mango al ver que aquí no solo te quitan las palabras, sino que también se te quitan las ganas de que las palabras tengan algún significado?

Bro, tú escribiste que hay que tratar de «darle un sentido a la vida o, simplemente, vivirla». Déjame decirte que estoy intentando hacer las dos cosas, pero, coño, la mierda me llega al cuello. ¿Sabes por qué te estoy escribiendo? Te escribo porque pienso que no me juzgarías por decir que prefiero echar un buen palo a que me concedan el Premio Nacional de Literatura. Porque tú sí sabías que el arte, si no sale de las tripas o de los cojones, no es más que decoración floja para museos donde nadie entra.

Dime, Henry, ahora que eres polvo: ¿valieron la pena tantos escándalos, la censura, el hambre que pasaste? ¿O el único paraíso real fue ese momento en que sentiste que te convertías en el puto cáncer de la literatura del siglo XX?

Un trago de ron, una escopeta y un daiquirí

Hemingway, compadre:

Escribo desde el mismo lugar donde te emborrachaste de nuestro sol de isla tropical y de nuestros mejores rones. Pero escribo desde una ciudad sin malecón, no como ese Cojímar que tanto te gustaba y que te acogió como a un cubano más, así como me abrió las piernas este rincón provinciano, que tiene un río que lo atraviesa como una cicatriz en el rostro. En ocasiones, escribo desde la barra de un bar en el mismo corazón de la ciudad: con medio vaso de un líquido abominable frente a mí. El cantinero insiste en llamarlo ron, pero te aseguro que es la creación etílica más infame del mundo. Te escribo porque quiero que sepas que no tengo tu dicha. Tú ibas al Floridita a beber daiquiri, incluso gratis, y escuchabas buena música en una victrola, o a un bardo borracho hacer llorar a muchos desgarrando las cuerdas a una guitarra. No sabes cuánto te envidio, hermano. En este bar lo que ponen es un ruido ensordecedor en una bocina recargable, así que ni siquiera cuando quitan la corriente logro librarme del sonido ininteligible. Y el trago diabólico no es gratis, para colmo.

Yo te escribo con la urgencia de un hombre al que se le dificulta tener agua potable en su vivienda. Te escribo desde este lugar donde conseguir comida y medicamentos es una verdadera hazaña, una proeza digna de un gran libro que no tengo el talento suficiente para escribir. Espero que lo comprendas, hermano, no es tan sencillo escribirte, no lo es. Encima, en mi casa, cuando necesito escribir, aunque hago lo posible para ignorar el molesto ruido de la planta eléctrica de mi vecino y me ponga unos audífonos con Joan Manuel Serrat a todo volumen, se me van las horas en vano. Ese cabrón es un cubanoamericano que regresó desde el norte revuelto y brutal. Y el dichoso tacatacatataca de la planta martilla dentro de mi cabeza, incluso cuando desisto de intentar escribir y me dispongo a dormir. No pienses que envidio al cubanoamericano. Yo lo que siento es pena hacia mi mismo, siento pena por mi familia y por el resto del barrio y también todos los que no pueden tener una planta eléctrica.

Ernesto, muchos sostienen con firmeza que tú eras un tipo duro, que eras el "macho" de la literatura norteamericana del siglo XX. El cazador y el pescador corajudo, pero yo sé muy bien que todo eso era una gran farsa, una máscara, un jodido mecanismo de defensa.

Soy Licenciado en Psicología y, aunque me busco los frijoles quitando y poniendo la corriente, mis estudios universitarios no fueron en vano, te lo garantizo. Puedo olerlo dondequiera que te escondas. Sé muy bien que ese disparo no fue contra ti, ese disparo era para matar a los demonios que no te dejaban tranquilo. Además, ¿sabes por qué estoy convencido? Resulta que esos mismos demonios me visitan en las madrugadas y me recuerdan que soy un tipo de nervios y sensible como tú. Un ser humano vulnerable rodeado de hienas.

Otra cosa, hermano mío: los dos sabemos bien que el alcohol no es un simple líquido. Para nosotros, el trago constituye la anestesia necesaria para adormecer los sentidos. El alcohol nos permite aligerar un poco el peso de la culpa, el peso del dolor con el que no sabemos lidiar, y es el mejor método para provocar un sueño tan profundo, que no podría despertarnos ni un tanque de guerra. El alcohol, Ernesto, es también la palanca de emergencia que, de vez en cuando funciona cuando el cerebro no quiere bajar la velocidad. Tú bebías para que el mundo doliera un poco menos, para que esa sensibilidad extrema —que es una forma muy bonita para definir esta locura— te diera un respiro. Y yo hago lo mismo.

Quiero que sepas que te entiendo, Ernesto. Entiendo lo que hiciste, tus razones. Comprendo por qué no viste otra opción que meterte aquel escopetazo que acabó con tu vida. Yo sé muy bien que, en ocasiones, la depresión mayor no es simplemente estar poseído por la tristeza y abatimiento, como piensan algunos, sino que es un peso inaguantable, como si te hubiera caído encima un edificio de La Habana Vieja. Yo no te juzgo, hermano. Tú viste la muerte a los ojos en la guerra, entiendo perfectamente que viviste tus traumas y luchaste con tus fantasmas. Yo también tengo los míos y sé que no imaginas la cantidad de veces que he planeado liquidarme. Luego pienso en mis hijos y en la gente que me ama y logro esquivar por un tiempo esos pensamientos. Coño, hermano, es que cargo con tanto, tú sí me entiendes, ¿verdad? Hay muchas cosas que no me perdono, compadre, y encima me toca tropezar a diario con la miseria imperante: un anciano tendido sobre una acera a cualquier hora del día o de la noche, hombres o mujeres que suplican en las calles por algo de comer, niños que revenden cualquier cosa y nadie sabe cuál será su historia, y todavía hay quien los juzga sin saber ni cojones. Todo eso pesa sobre mis hombros, pienso en demasía y sufro en silencio.

Al final, pienso que nuestro malestar es el mismo: es el dolor insoportable por percibir el mundo tan intensamente, tanto que el resultado es peligrosamente abrumador.

El Psiquiatra me aconseja, entre otras cosas que escriba y que lea porque es lo que más me gusta hacer, eso es bueno y lo sé. Aquí lo estoy haciendo. Pero, como ya te comenté, compadre, pienso muchísimo y me cuestiono mil cosas. Y esto me preocupa enormemente, dime la verdad, viejo, allá donde sea que hayas ido... ¿Finalmente se callaron las voces dentro de tu cabeza o igual tienes que sumergirte en una botella de ron para soportar la eternidad?

El Bukowski cubano que no soy ni pretendo llegar a ser

Querido Charles:

Te escribo desde el temblor parkinsoniano que provoca la abstinencia. Este jodido temblor no es otra cosa que mi sangre reclamando su veneno. Tú sí sabes de esto, coño. Sabes lo que es despertar necesitando el primer trago, con el alma dolida y llena de arrepentimiento, y la mente retorciéndose en busca de los recuerdos de lo que pasó la noche anterior.

Te escribo porque decidí dejar de beber, porque los precios a pagar ya no son solo resacas y el dinero que se va sin darme cuenta después del primer buche. Decidí dejar de beber porque me estoy alejando de las personas que más amo: mis hijos. No me jodas, Henry, que, aunque tú fingías jugar al lobo solitario, nosotros sabemos que incluso el lobo más duro teme morir en la más absoluta soledad.

Tú escribiste algo sumamente profundo y desgarrador: «La tristeza es causada por la inteligencia. Cuanto más entiendes ciertas cosas, más desearías no comprenderlas». Y hoy, bróder, hoy lo comprendo todo. Comprendo la fragilidad de este país que se nos cae a

pedazos, que se nos hunde lentamente. Miro hacia el futuro y no veo la luz, asere, no hay ni siquiera una tenue luz en el puto horizonte. Me sumerjo en el silencio de mi casa cuando no hay corriente y el cubanoamericano no tiene gasolina para echarle a la planta eléctrica, entonces me embarga el temor a perder lo único que me mantiene más o menos cuerdo: mi familia.

¿Qué debo hacer para no ver con claridad lo que para mi resulta evidente y me preocupa? ¿Cómo pinga hiciste para que la angustia no te matara? ¿Beber, follar, escribir y tratar de olvidar? Aquí estoy, malviviendo dentro de una distopía impensable, créeme. Aquí estoy, aferrado a la literatura como si fuera un clavo caliente que podría salvarme... mira que soy ingenuo.

¿Sabes qué haré al terminar esta mierda? Vaciaré por el tragante una botella del ron más malo que te puedas imaginar. Un veneno hecho por el mismísimo Satanás, una poción que no tiene nada que ver con el peor de los whiskys baratos que tú bebiste. Esto es una poción elaborada para matar lentamente a los que ya no tienen nada que perder.

Sabes, me duele mucho la rodilla derecha, porque en la última borrachera caí sobre la acera y me golpeé hasta la cara. Me duele hasta el culo, cojones. Este

puto dolor es el recordatorio de lo vulnerable que puede llegar a ser un hombre cuando está ebrio y ni sus propias piernas lo pueden sostener. Es un dolor real que me recuerda que yo ni soy como tú, ni soy como uno de tus personajes. Soy un hombre común de carne y hueso que vive en Las Tunas, con una familia y unos amigos que me miran desde el temor a que un día pase lo peor. Pero tengo par de cojones, Charles, y finalmente decidí que no quiero más de ese veneno embotellado.

Dijiste que la inteligencia causa tristeza, y es verdad. Pero prefiero esta tristeza lúcida en lugar de la estúpida idea de que voy a resolver algo hartándome de alcohol. Hoy elegí el dolor de mi rodilla porque me confirma que estoy vivo, coño, y todavía puedo elegir no matarme y arrastrar a los demás conmigo.

Hay algo más que te quiero decir: resulta que me comparan casi todo el tiempo contigo. Dicen que soy el "Bukowski cubano" que vive en Las Tunas. Pero ese es un halago demasiado grande y, además, es una gran mentira. Yo no soy como tú, ni pretendo llegar a serlo. Aquí el Bukowski caribeño, el que bajó al centro del infierno de La Habana y regresó vivo para contarlo, tiene nombre y apellidos: el señor Pedro Juan Gutiérrez.

Es él quien ostenta esa corona y nunca ha sido mi intención emularlo ni superarlo.

Yo soy tan solo un tipo que escribe, aunque hoy me cuesta sostener el teléfono móvil para redactar este texto. Un hombre que decidió quedarse con la sed de escribir, y aprender a convivir con la tristeza y el vacío existencial. Porque gracias a eso voy a terminar de una vez esta bitácora irreverente e impublicable.

El canto de las sirenas

Raymond, hermano mío:

Quiero decirte que estoy atravesando por una situación extremadamente compleja: soy alcohólico y por estos días estoy luchando contra algo muy dentro de mí que pide a gritos un poco de ron. Tomé la decisión de no volver a llevarme un trago a la boca nunca más. Es que ese veneno se estaba interponiendo entre la gente que me ama y yo. Supongo que sabes bien de qué te estoy hablando.

Si supieras que, por ejemplo, trato de leer y me cuesta, que tengo que retroceder y releer dos y tres veces. Falta de comprensión lectora, lo sé. Y mi escritura no fluye como solía fluir, no mana de mis entrañas con la facilidad que tiempo atrás lo hizo. Es frustrante, hermano, y eso me hace sentir peor. Decidí visitar a dos psiquiatras, antiguos profesores míos. A pesar de mi título, lo necesitaba. Me ofrecieron apoyo, técnicas, conducta a seguir. Recomendaron que leyera y que escribiera, teniendo en cuenta que es algo que me apasiona, pero qué difícil se me hace, compadre. Incluso plantearon la posibilidad del ingreso hospitalario para el proceso de desintoxicación.

Pero cojones, no quisiera estar rodeado de locos, porque yo, a pesar de lo que digan los demás, NO ESTOY LOCO. Solo estoy atravesado por una depresión que me hunde, una ansiedad que casi me vuelve inútil, y esta maldita sensibilidad que lo amplifica todo con su sombra paranoica. Tremendo cóctel. Seguro que, además de encerrarme, me pondrían inyecciones de esas que te ponen lento, y mi ritmo es rápido, muy rápido. No me imagino sentado al borde de la cama vistiendo el pijama hospitalario, boquiabierto, babeándome, y con la mirada empañada y perdida. Para colmo, estoy convencido de que el deseo sexual se iría al carajo. ¿Crees que un hombre como yo, un cubano caliente que muere por echarle un palo a su mujer todos los días, quiere algo así? Ni pinga. Por suerte me dieron un voto de confianza —cosa que agradezco sobremanera— mandándome a casa con tratamiento ambulatorio, sin inyecciones ni píldoras que me pongan lento, solo una tableta de Alprazolam cada 12 horas. Tal vez tú lo verías distinto, nadie sabe.

Y hablando como los locos, Ray, en un hermoso y honesto poema escribiste:

“No hay otra palabra posible. Pues eso es lo que fue. Una propina.

Una propina, estos diez años pasados.

Vivo, sobrio, trabajando, amando y
siendo amado por una buena mujer."

Tú dejaste de beber y cada día posterior a tu decisión se convirtió en un regalo. Pero coño, yo ahora mismo no siento que esto es un regalo. Siento que es una condena. Si paso frente a un bar, que, por cierto, hay más bares que comida aquí, me quedo lelo viendo las botellas cual si fueran mujeres muy atractivas. Me dan unas ganas de tomar una entre mis manos, acariciar la etiqueta, abrir con delicadeza la tapa, aspirar su aroma y darme un buen trago. Entonces para más desdicha mis amigos de jerga no ayudan, pues me ofrecen bebida y me cuestionan porque ya no quiero beber o se burlan porque piensan que mi mujer me metió el pie, que me tiene dominado, asere. Y eso no es de ese modo. Ojalá fuera así. Hoy salí, estuve haciendo varias gestiones y entre ellas pasé a una tienda. Mierda, bróder. Había cervezas frías de diez o doce marcas diferentes. Desde la nevera de exhibición escuché como susurraban mi nombre, en el mismo tono que deben usar las sirenas en sus cantos. Qué clase de fuerza de voluntad o qué se yo qué cojones hay que tener, hermano mío, para no sucumbir ante esos encantos. Te juro que todo el tiempo

me pregunto si alguna vez llegará mi segunda vida, si algún día podré mirar hacia atrás y pensar: todos estos años sobrio han sido un regalo, una propina, como bien tú definiste.

Por otro lado, mi mujer está cansada, compadre, incluso se ha planteado terminar. No porque sea cobarde o porque ya no me ame, sino porque yo sé que tiene que estar resingá. No debe ser nada fácil aguantar a un borracho impertinente, y en ocasiones, violento. Me ha soportado durante seis años, bro, seis largos años de amargas experiencias. Y ella, con sus luces y sus sombras, es una gran mujer. Lo más triste es que la comprendo. Y mis hijos, mis hijos son mi adoración encarnada en pequeños diablillos inquietos y tiernos. Pero me tienen miedo, asere, me tienen miedo. Y en medio de este miedo que les provoco y que me embarga, te pregunto, Ray, tú que lograste alejarte definitivamente del alcohol, ¿podrías darme al menos un consejo que haga más soportable esta mierda?

Ya sé que no eres psicoanalista ni una pinga, pero viviste, bebiste y escribiste desde la putrefacción de la sociedad norteamericana, así como lo hago yo desde Las Tunas. Pero un buen día pudiste decir basta y nunca más volviste a beber.

Cojones, tírame un salve, consorte. Ayuda a este escritor alcohólico que, mientras te escribe en medio de su desvelo, al menos no está yendo tras el canto de las sirenas, sino detrás del de su propio miedo a quedarse solo. Quizá esto sea el primer sorbo de mi propina.

Sin anestesia

Denis,

Llevo quince días sin anestesia y la verdad es que hay momentos, como este, en los que desearía un trago del tamaño de una botella.

Me invitaron a leer en una de esas actividades literarias que odio. O, bueno, no es tan así: lo que odio es leer en público. Me entran una pendejada y unos temblores de mierda, me da por sudar, y ni siquiera sé si lo estoy haciendo bien o mal. Todos me observan, me convierto en el centro de atención, y a mí nunca me ha gustado serlo.

No hay nada mejor que un rincón en el extremo de una barra cualquiera, donde nadie te conozca y puedas beber en compañía de las musarañas que dan vueltas en la cabeza. Así que, de camino a la tertulia, decidí hacer un alto para tomarme un buen café. Aunque lo que de verdad querría sería sentarme aquí mismo, en la terraza del Hotel Cadillac, y beber sin detenerme hasta borrarlo todo: mi vida interior, el mundo exterior. Todo.

Son exactamente las nueve de la mañana. La lectura es a las diez, eso dijeron.

Denis, estoy bebiendo un café caro, hecho para turistas y gente con dinero, porque casualmente ayer cobré mi salario —una mierda, pero puedo darme ciertos lujos. Si estuvieras aquí, tal vez podríamos sacar algún material literario de lo que nos rodea. Aunque es tan solo la vida que sigue su curso indiferente: un puñado de turistas y unas muchachas que ríen a carcajadas y beben cervezas frías, beben como si no hubiera un mañana, hermano. Las botellas sudan en la mesa de al lado y te juro que puedo sentir su sabor mientras imagino que bajan por mi garganta.

Llevo quince días sobrio. Quince días de un pacto frágil conmigo mismo.

Dime algo, hermano, tú que conociste los infiernos y consumiste alcohol y cuanta droga existía; tú que dormiste en las calles y casi te destruyes, pero lograste salvarte no sé ni cómo, ¿qué coño hago para saciar esta sed si no es con un poco de ron? ¿Sería sensato romper mi pacto hoy, solo porque tengo miedo escénico y mi vida se ha convertido en un tormento? No tengo respuestas, hermano. Tampoco tengo una laptop, solo tengo esta sed y este teléfono móvil en el que estoy leyendo tu libro Hijo de Jesús, y escribiendo con estos

dedos torpes por culpa del Chikungunya y con el alma hecha jirones.

Quiero incluir esto en mi Bitácora de un escritor al margen. Un experimento en el que decidí desnudarme sin pudor, sin alter egos, sin esa distancia protectora entre el que cuenta y el que sufre. En ocasiones me pregunto si será sensato mostrarle a la gente mis miedos y mis frustraciones de este modo. ¿Será un exorcismo necesario o simplemente un acto de egocentrismo vulgar?

No soy más que un impostor, Denis, un farsante. Un tipo que se hace pasar por escritor, un mediocre de mierda que dice que escribe realismo sucio. Un hombre que vive en una provincia donde la suciedad no es una estética, sino la constante "pi" de cada día.

Te confieso que mis héroes siempre fueron los malditos: Miller, Bukowski, Hemingway... Creí que para ser auténtico tenía que vivir como ellos. Y lo hice. Ahora me cuestiono si vivir así fue un verdadero acto de rebeldía o si fue solo el antifaz de un hombre vulnerable.

A veces pienso que mostrar mi vulnerabilidad y mi lucha contra el alcohol y la marginación es un suicidio literario. ¿Le estoy mandando un mensaje de debilidad a mis enemigos, o es solo la confusión de una

mente fracturada por años de abuso? ¿Estoy haciendo literatura, Denis, o esto es solo el lamento de un borracho tendido en el pavimento que trata de no ahogarse en su propio vómito?

Tú viviste poseído por las adicciones, como yo. Pero hoy, con el aroma del café mezclado con el olor a cerveza, solo me gustaría saber si vale la pena seguir escribiendo, viviendo.

Dime algo, Denis. Aunque sea entre líneas. Porque aquí, en este rincón del mundo, las palabras son lo único que nos queda cuando el ron se acaba y todo lo demás se muere. ¿Debo entrar en esa iglesia católica cercana? ¿Solo Dios tiene las respuestas para todas mis preguntas?

Ya son las nueve y cincuenta. Creo que mejor me largo. Vamos a ver si consigo leer, como es debido, este bodrio escrito sin anestesia.

NOTAS DESDE LA TRINCHERA

*El mundo nada puede contra un hombre que
canta en la miseria.*

Ernesto Sábato

Letalmente sensible

Quizá tenía yo el corazón más débil que otro cualquiera, y he sufrido más que otros en mi lugar.

Alejandro Dumas

Tengo 44 años, dos hijas que se parecen demasiado a mí y una hiperactividad y sensibilidad implacables. Soy de lágrima fácil —como dice un viejo amigo—. En buen cubano: un tipo nervioso y medio llorón. Pa' que se entienda: mi mundo interior es una reverenda porquería. Quien acuñó lo de "personas altamente sensibles" se quedó corto. Lo mío es sentir demasiado. Las emociones llegan y se quedan dando vueltas en mi cabeza en una espiral de sufrimiento, con una intensidad abrumadora que de vez en cuando me derrumba.

Mi cerebro, el muy hijo de puta, no se detiene nunca. Ni cuando como, ni cuando me baño, ni cuando cago... ni siquiera al hacer el amor logro librarme de su molesto ruido de fondo. ¿Caer a la cama y dormirme de inmediato? Ese es un lujo que envidio y desconozco. A esa hora es cuando se activa de verdad el mecanismo,

para ponerse a maquinar y a repensar cientos de cuestiones. Y aunque me esfuero, no lo puedo evitar.

De niño, en preescolar, nada más de ir a la escuela la cagué. "Problemas de aprendizaje, retraso en el desarrollo escolar", dijeron los maestros. ¿La verdad? Viéndolo en retrospectiva, me importaba un carajo aprender colores y figuras si en la ventana se posaba un ave. Me quedaba pensando de dónde venía, hacia dónde iba, si tenía sed, si había dejado atrás un nido con pichones. ¿Y si estaba extraviada y sus hijos morían de hambre? Eso podía entristecerme sobremanera... y perfectamente podía empezar a llorar. ¿Recortar? ¡Pa' qué carajo! Yo lo que quería era entender por qué todo era tan malo: por qué mi madre se había ido con mi hermana menor, por qué vivía con mis abuelos. Las horas de clase se me iban en la luna, y los maestros no sabían qué hacer. "El pobre, seguro está traumatizado por el divorcio." Mucho después supe que eso murmuraban.

Luego, sin explicación, entre segundo y tercer grado, cuando algo me picaba —un poema, la aritmética, la lectura de un libro— lo devoraba. No por inteligencia, sino porque mi cerebro no sabe parar si algo le interesa: se engancha como una obsesión y lo consume todo en

pocas horas, dejándome hecho mierda; y, en caso contrario, actúa como si aquello no existiera, desviándose por completo hacia cualquier lugar. No es una habilidad, es un interruptor dañado, con las protecciones automáticas en posición de off. Y aunque me daba igual la nota de cualquier asignatura, en algún momento obtuve resultados sobresalientes, entonces los maestros y mis compañeros me miraban como lo que soy: un inadaptado.

La literatura para mí siempre fue un hobby. Leer y redactar textos para mi archivo personal, dedicarlos a alguien cercano o compartirlos en un taller literario era algo íntimo. Pero la vida da vueltas y hace tres años dejé de archivar. Me cansé de ver, oler y sentir en soledad; necesitaba decirle a más personas. Revisé mis viejos cuadernos y empecé a dedicarle tiempo de verdad a esto que, aunque a veces no quiera, termino haciendo. Lo convertí en una regurgitación más o menos controlada.

En este período publiqué seis libros y más de cincuenta revistas y medios en quince países aceptaron mis textos, incluyendo mi patria. Mi primer libro ya va por la cuarta edición. Sería sensato percibir que eso es éxito, me ha ido muy bien. Pero yo no lo siento así. Mi perfeccionismo y mi inseguridad no me dejan

saborearlo; mi autocrítica feroz tampoco. No existe ni existirá un crítico más duro que yo.

En cierta ocasión, a la mayor de mis hijas le subió demasiado la fiebre y convulsionó. Estábamos en la misma casa, pero en habitaciones diferentes. Cuando la vi botando espuma por la boca, con los ojos en blanco y las extremidades rígidas moviéndose sin control, casi me paralicé, casi me cago. La cargué de inmediato para salir a la calle en busca de ayuda y llevarla al hospital, pero mis piernas me traicionaron: caí de rodillas en el patio con ella en brazos. No sé cómo logré incorporarme y llegar afuera.

En ese instante apareció un carro de un vecino y salimos a toda velocidad, pero para mi aquel viaje de apenas un par de kilómetros fue interminable. La madre viajaba delante, la niña y yo en el asiento trasero, su cabeza recostada en mis muslos. No dejaba de convulsionar. Noté su piel cambiando de color, ennegrecida o morada, no sé; entonces hice lo que pude para darle respiración boca a boca, aunque la verdad es que no tenía ni puta idea de cómo hacerlo.

Cuando finalmente llegamos, ni siquiera pude colaborar en urgencias cuando los médicos y enfermeras nos pidieron ayuda para sujetarla a la

camilla y comenzar a ponerle inyecciones. La madre sí pudo hacer algo, pero yo me quedé en un rincón, mirando como un inútil, inmóvil como una estatua inservible. En ese momento pensé que la perdía. La niña pasó unos cuantos días ingresada, le hicieron varios análisis y estudios, y finalmente le dieron de alta. Gracias a Dios no se ha repetido una escena así, pero siempre que se enferma el temor y la preocupación me embargan. Hasta hoy no puedo contarle a nadie esta anécdota sin llorar. Escribirlo es diferente, pero incluso de este modo resulta doloroso.

Es que mis hijas son lo más preciado que tengo. Y me llenan de orgullo, pero también de miedo. Porque si mi cerebro va demasiado rápido, no es para llegar primero: es porque no tiene frenos ni palanca de emergencia. En ocasiones resulta útil, pero la mayor parte del tiempo es como vivir con un motor acelerado dentro del cráneo. No es ventaja; es el precio de percibirlo casi todo intensamente. Y sospecho que ellas también son así.

La mayor, casi de veinte, cursa el segundo año de Comunicación Social. Escribe mejor que yo a su edad, aprende más rápido, razona como si tuviera diez años más. Su cabeza no es un regalo; es un complejo

mecanismo que a veces arranca solo y la arrastra a lugares donde nunca pidió ir. De niña lloraba con los muñequitos si al personaje le pasaba algo malo. Yo no la entendía, por más empático que tratara de ser. No entiendo por qué razón en ese entonces no recordaba que a mi me pasaba lo mismo a esa edad. Su madre y yo, ambos con estudios en psicología, desconocíamos la teoría de las personas altamente sensibles, así que nos fuimos por otra tangente. Ahora sé que probablemente heredó esta condena de sentirlo todo en modo huracán categoría V.

La pequeñita, la de cinco años... Ay, coño, esa enana. Apenas entró a preescolar comenzaron las quejas: "Se distrae con facilidad." "Se queda en blanco." "No se sabe los colores." "Llora por cualquier bobería." Igual que la mayor. Las miro y me veo hace cuarenta años, perdido en un aula, mientras el mundo pasaba por mi mente como una película, pero a más de veinticuatro cuadros por segundo. Me dan ganas de decirle a la maestra que no pasa nada, es que su cerebro va rápido para unas cosas y lento para otras. Que su ritmo es neurodivergente. Pero me agunto. Tal vez la maestra desconozca esas teorías. Además, sé que este mundo no está hecho para nosotros. Está diseñado para los duros,

para los mercaderes que ganan a cualquier costo, aunque el cliente sea un anciano pobre que suplica por pan. Este mundo es para los que no se conmueven ni a palos, para los bravucones que desprecian la poesía y nunca se preguntan una mierda.

Escribo, primero, para mis hijas. A ellas les dedico mis libros. Quisiera que sepan que su padre no era un loco de atar, sino un tipo lúcido, de nervios frágiles y una cabeza que iba a mil. Un hombre que trató de sobrevivir cargando el peso de su naturaleza. Aquí les dejo esta brújula para que no se sientan solas ni raras. Para que entiendan que esa sensibilidad que las hace llorar por "cualquier cosa" es la misma que puede empujarlas a escribir, pintar o componer música. Quién sabe. Lo que es seguro es que esa sensibilidad les permitirá ver el mundo en tonalidades que la mayoría no percibe.

Escribo para el niño que fui, al que le escribieron en los cuadernos: "Mariquita." Para ese agitao que se iba a otro planeta mientras le quitaban la merienda. Para el joven que estudió una carrera que no le interesaba lo suficiente, pero terminó enamorándose de ella y dándole esa felicidad a su padre. Para el que lloró en una Feria del Libro cuando un amigo le dedicó un poema y

le regaló un ejemplar de uno de sus libros. Escribo para el hombre que soy, el que prende la luz del celular cuando sus colegas le quitan la corriente, consciente de que la verdadera oscuridad está en quienes deciden cerrar los ojos para hacerse los ciegos.

Al final, estoy convencido de que esto no es un don. Es un combate desigual contra uno mismo. Ser como soy es manejar un Lada por un terraplén lleno de baches y mucho fango: pa' lo único que sirve es pa' joderle la dirección al carro y que todos te miren como un idiota medio loco —o loco y medio, depende—. Pero coño, esto es lo que hay. Si lo que tocó por la libreta de abastecimiento es andar con este motor que no se apaga, seguiré intentando lograr algo que valga la pena. Que trascienda, quizá. Nadie sabe. Lo demás, no importa.

Las pequeñas cosas

Escribo desde que aprendí a leer y a escribir, desde niño, desde siempre. Recuerdo que emborronaba mis cuadernos y, durante la adolescencia, escribí encendidas cartas y poemas a cuánta novia tuve. También leí mis narraciones a mis amigos del pre y les mostré mis escritos a las profesoras de Español. Pero en ocasiones suceden esas pequeñas cosas que luego uno ni siquiera recuerda, ni sabe explicar por qué.

Creo que tenía 28 años cuando me alejé de los talleres literarios, y de las tertulias y de cuánta actividad existiera, dispuesto a dejar de escribir. Poco antes de esa decisión, en el año 2009, la revista cultural Quehacer acá en Las Tunas había publicado un microcuento mío, junto a otro de Tony Borrego; es algo que recuerdo con orgullo y conservo un ejemplar, como si fuera mi mayor tesoro. A pesar de que ese hecho debe entenderse como la legitimación del trabajo de un escritor, guardé en un viejo file todos mis escritos junto con la revista encima de un clóset.

Y pasaron los meses.

Sucedió que alguna que otra noche no podía dormir, tenía que levantarme de la cama y escribir la

cabrona idea que daba vueltas y vueltas en mi cabeza, sólo así conciliaba el sueño.

Así pasaron 13 años.

A mediados del año 2022 leí en Facebook que una revista venezolana aceptaba colaboraciones. Les envié un cuento y lo publicaron. Lo supe accidentalmente en septiembre, cuando instalé en mi teléfono la cuenta de Google y entró un correo electrónico notificando acerca de la publicación. Eso me sorprendió y de algún modo me obligó a seguir metido en este rollo, del cual, realmente, nunca había salido.

De esa publicación en Venezuela han pasado poco más de 3 años.

Sigo escribiendo, quizá no al ritmo de otros, pero escribo; participo en concursos, quizá no tanto como otros, pero participo; me leen, quizá no tanto como a otros, pero me leen; y cómo me critican, quizá mucho más que a otros. A veces me pregunto: ¿Qué obra humana es perfecta? ¿Quién supo colocar las palabras una tras otra, con semejante destreza que logró la perfección?

Como no tengo respuesta a esas cuestiones, hago, literalmente, la literatura que me sale de los cojones hacer. Y así seguiré, guste mucho o poco, sea o

no legitimada o aceptada, me da igual. Por lo pronto, me basta con las pequeñas cosas.

Hace unos días puse uno de mis libros en manos de un hombre común —un hombre de pocos estudios, quiero decir—, lo vi hojear y llegar hasta la página donde está Blackout; tuve que aclararle que eso significaba apagón, que había puesto el título en inglés por alguna razón estúpida. Lo escuché comenzar a leer en voz alta con cierta dificultad y percibí que de repente comenzó a llorar. Su voz se apagó y no pudo continuar hasta que, disgustado, se quitó las lágrimas de su curtido rostro.

Entonces me devolvió el libro y dijo:

—¡Cojone, monina, esta mierda me hizo llorar!

Eso vale más que cualquier premio, eso no lo paga ningún concurso ni certamen.

Esas son las pequeñas cosas por las cuales no dejaré de escribir, aunque me corten las manos.

La felicidad

Antier cobré mi salario y no me alcanzó para pagar las deudas. Lo normal: la inflación, los precios, la crisis mundial y local...

¿Qué puedo hacer? Soy un escritor provinciano como cualquier otro del montón. Cero viajes a ferias fuera del país o a eventos literarios que me dejen algunos dólares en el bolsillo. Para colmo de males, vivo en una isla rodeada de mar y sin pescado en las pescaderías. Pero ofertan galletitas dulces, pelly y palitroques, y aceite a 1050 pesos el litro, y —en ocasiones— pescado...

A pesar de esto o de aquello o de lo otro, me considero un hombre feliz, pues casi todo el tiempo me invade una sensación agradable, rica. Escribí algunos cuentos, algunos poemas, y publiqué algún que otro bodrio fuera de mi país, pero bueno... Además, sobreviví a una pandemia y puedo respirar este aire nuestro (y fumar cuando tengo cigarros). Puedo llegar a cualquier timbiriche y tomarme un buen café. Puedo echar un palo con mi mujer y sudar como un animal extenuado. También puedo ver a mi hija menor sonreír, y a la mayor escribir mejor que yo a sus 19 años, y a mi hijastro

correr y joder sin pausa, como si tuviera baterías de 70 amperes.

Tengo tanto que me hace sentir bien y, por otro lado, hay tanto que me jode... Pero a pesar de la mierda y su mal olor, intento ver lo positivo, el lado bueno de la crisis, de los traspiés y de las zancadillas. Llevo varios días sin abasto de agua potable porque no sé qué cosa está rota, y no hay piezas, y además están ejecutando una inversión, pero aún nos queda un poquito en la cisterna. Eso me alivia.

Una libra de ají me costó 500 pesos el otro día. Miré al vendedor a los ojos, miré los ajíes con ganas de mandarlos a la mierda, pero mi esposa no sabe cocinar sin ellos, y a mí me gustan, así que pagué y me fui a casa. A esta casa que se filtra cuando llueve, pero es que cuando llueve desaparece el calor infernal, y es tan agradable la temperatura en nuestra habitación, que entonces sí que me dan ganas de... escribir algo como esto, que ni sé qué es, pero lo escribí con la ilusión de que alguien lo publique algún día.

Siento que soy feliz, aunque mi felicidad huele a pollo descompuesto y a sudor en medio de apagones. Pero tenemos una casa, un hogar. Ciertamente, no es del primer mundo, ni tiene lujos, ni nada más allá de un

televisor Panda y un refrigerador Haier con el termostato adaptado, pero así y todo protege con certeza absoluta nuestro paquete de pollo de mipyme.

Y, como sea, es NUESTRO HOGAR, y en él soy feliz. O al menos me invade casi todo el tiempo esa sensación agradable, esa cosa riquísima, y puedo fumar bebiendo un trago del ron más infame (barato) del mundo, y ver desde mi portal caer la lluvia mientras espero pacientemente un apagón programado.

Tiempos de crisis

Durante las noches, gracias al calor y a los mosquitos, los ojos de los niños se resecan de tanto llorar. Las madres no necesitan toallitas húmedas, ni pañales desechables, ni productos lácteos, ni almohadillas sanitarias, ni electricidad —ni otros lujos—.

En medio de una crisis, poca gente exige una mesa repleta de succulentos manjares. Una sopa tibia de chícharos, un mendrugo de pan y un vaso de agua resultan suficientes.

Son tiempos de pocos amigos: los autos privados y estatales no recogen pasajeros en las paradas de ómnibus. Es necesario detenerlos bajo la coacción de un inspector o un agente del orden público... y aun así no es cosa fácil.

Cuando casi todo escasea, enfermarse es un lujo que muy pocos pueden darse. En ocasiones, no hay medicamentos, ni anestesia, ni suturas, ni guantes quirúrgicos, ni nada. En tiempos así de duros, cualquier cosa puede pasar: es posible que te asalten para despojarte de un reloj dorado con imitaciones de diamante; que una mipyme venda una mezcla rara de

dudosa procedencia en lugar de leche en polvo; o que el lechero le agregue más agua al producto —teniendo en cuenta la situación—.

Pero a veces la esperanza se asoma por el resquicio más angosto: puede que algún loco de esos que deambulan por la ciudad te ofrezca un cigarrillo, o que un metalero del mal ambiente ayude a un ciego a cruzar la calle; puede que un presidiario te regale un viejo libro de tu autor de cabecera, o que un desconocido te dé la mano cuando más lo necesites.

Incluso se puede intentar escribir un buen poema durante la madrugada, fingiendo ser un escritor hundido hasta el cuello en una crisis existencial y económica.

No hay tiempo para vacaciones

Si pudiera simplemente desconectar, irme por un tiempo. No me refiero a irme del país, sino a tomarme una suerte de vacaciones, pero no a una de esas en las que te pagan por adelantado en el trabajo, te vas para la casa a seguir trabajando y luego, al mes siguiente, cobras la mitad o menos de lo acostumbrado. No, de esas no. Me refiero a unas vacaciones a full, en un hotel de esos en los que, al registrarte, te ponen una pulsera y consumes lo que quieras en cantidades que no podrías hacerlo ni aunque quisieras. Pasar el tiempo así, sin pensar. Sin pensar en el pan nuestro o en si alcanzará para mañana el pollo que guardas en el refrigerador, o si el arroz se está acabando y nadie sabe cuándo arriba a puerto cubano el dichoso buque con la Canasta Básica, ni preguntarte por qué está subiendo el precio de algunos productos, o tener que responderle a alguien a qué hora toca el apagón...

Quisiera unas vacaciones tranquilas, lejos del ruido de mi ciudad, que más que una ciudad es una aldea provinciana; pero igual quiero huir de los autos, de las motos y de las sirenas de las ambulancias y las patrullas de la policía, y de los vecinos que pelean casi a diario,

vaya usted a saber qué problemas tienen, si son exactamente los mismos problemas que tiene la mayoría o si son únicos y exclusivos.

Me encantaría irme lejos, aunque sea una semana. Huir, más que nada, de la desdicha y de la tristeza imperante.

Pienso que es algo tan simple; me parece que no pido mucho. Y también quisiera, si no es mucho pedir, obviamente, que al terminar esos días de asueto no tenga que volver al rompecabezas cotidiano; al «mira a ver qué inventas porque la situación está del carajo y si te gastaste el salario en la playa, ve a ver cómo te las arreglas». Que no vuelva a darme vueltas en la cabeza esta idea recurrente de que lo peor está por venir y casi nadie alcanza a ver la luz al final del túnel; o si alguien la ve, por favor que me indique en qué túnel está, porque en el mío la cosa está gris y con respuntes negros; y la caña, la caña está a tres trozos cuando aparece, claro está.

Pero no, no hay tiempo para vacaciones tranquilas ni para desconexión de la vida real, porque lo esencial no es aquello que es invisible a los ojos; lo esencial es subsistir. Subsistir como sea necesario; subsistir a como dé lugar; a toda costa; subsistir.

Así pasan los días y los meses y la vida; y nadie sabe cómo, pero subsistimos. La isla y la gente que la habita respiran todavía. Seguimos en pie; seguimos en combate, dirían algunos; seguimos ahí, como una de esas viejas edificaciones desafiando los huracanes y los tornados; desafiando las leyes de la física; desafiando incluso a la lógica.

Lo más triste es que todavía hay quien dice que mejor no escriba o mejor que ni piense; y que si lo hago mantenga la boca cerrada y las manos tranquilas. Que no es lo mismo, pero es igual. Y no entiendo por qué. Nunca podré entender a esa gente que no quiere hablar de los problemas, aunque sé muy bien que hablar del problema no es la solución en sí, pero pienso que al menos uno se libera de esa carga emocional; de ese peso; de sentir sobre los hombros el peso de una isla; el peso de un país entero. Aunque está claro que el problema seguirá ahí y te supera y te aplasta, pero algo es algo.

Al menos puedo desahogarme; librarme de lo que me agobia. Aunque me digan que las palabras el viento se las lleva como hojas secas. Aunque se vuelva ceniza y polvo lo escrito; y sepa muy bien que no hay

tiempo para vacaciones, porque lo esencial en estos tiempos tan complejos es subsistir.

Un pedacito de pan para mis hijos

Mi reloj marcaba las doce del mediodía. Un anciano arrastraba los pies por la acera de enfrente. Se detuvo y miró alrededor. Me observó por un momento. Yo, escritor cubano que se respeta, estaba sentado en un banco en el portal, tratando de escribir algo, pero no podía, mis pensamientos andaban lejos, ansiando zapatos, cuadernos, suficiente leche, unas cuantas libras de carne de ternera... pero en ese instante una brisa del sur con una idea fresca para un buen texto me habría bastado. El anciano comenzó a cruzar la calle. Sus pies descalzos se hundían en el asfalto como botas en el lodo.

«34 grados Celsius será la temperatura máxima en el oriente del país», había dicho el del clima esa mañana en la televisión, luciendo su traje elegante dentro de un estudio con aire acondicionado; pero en la calle, sentía que rozábamos los 50.

El viejo atravesó la avenida sorteando el tráfico, con cierta urgencia. Lo consiguió a pesar de su lento andar, de los traspiés, de las motos eléctricas y algunos autos que pasaron sonando el claxon. Su rostro agrietado, su añejo sombrero y los harapos lucían empapados. Todo gracias al intenso sol de este paraíso

turístico anclado en un eterno verano. Se recostó en el portón y me sostuvo la mirada. En lo profundo de sus ojos agudados reconocí inmediatamente un dolor familiar. Sí, ese mismo, ese que se pone de moda en tiempos de crisis económica. Entonces empezó a balbucear sin detenerse, tantas veces, que sus palabras estallaron en mi cabeza como cien barriles de pólvora. Ni siquiera al intentar dormir esa noche logré borrar su mirada o acallar su voz rasgada, medio incomprensible. Aunque logré entender muy bien su súplica mientras cerraba la puerta de la casa: «Que Dios te bendiga, mijo. Regálame aunque sea un pedacito de pan, hace tres días que no como nada.» «Mis lágrimas han sido mi sustento de día y de noche...», creo que una vez leí algo así en la Biblia. Salmos, versículo 42, si mal no recuerdo... Como aquellos discos de vinilo que, al rayarse, repetían sin cesar el mismo fragmento, su petición aún martilla en mi mente como una tortura. Y llueve con la intensidad de una tormenta tropical dentro de mis ojos. No tengo casi nada para mis hijos. Su llanto y este poema será el único pan que les deje.

LÍRICA MARGINAL

En los tiempos sombríos ¿se cantará también?

Bertolt Brecht

Breve lamento insular

*Dichosos los que sufren,
porque serán consolados.*

Mateo 5:4

Esta isla del Caribe convulsiona sobre su propia sangre, vomitando hombres que huyen como insectos desquiciados o rebeldes.

La isla duele en las entrañas de aquellos que resisten en los montes y las ciudades,

comerciendo peces y panes, según la voluntad divina.

La isla perdió los colores del arcoíris para aquellos que partieron y, para quienes permanecen, se ha tornado de un tono gris, pero con pespuntos negros.

La isla perece

y esa muerte aletargada lo devora todo como un huracán de miedo y fuego;

y el pueblo experimenta la angustia que se siente al ver a un ser querido morir de cáncer.

Así, algunos, agobiados por la impotencia,
amordazan su lamento y se postran a sus pies,

armados con velas, flores y llanto, pues sienten
que ya no hay nada que hacer para salvarla.

Muros

Podríamos clamar piedad o justicia,
pero son solo palabras que nombran el mismo
vacío.

Quién asegura que Dios esté despierto;
ya se le han extraviado manzanas por descuido.
No hay forma de saber si el ruego llegará,
o si finalmente echará abajo estos muros.

Entre tanto,
mejor roguemos en silencio.

Apocalipsis

*...habrá señales en el sol, en la luna y en las
estrellas,
y en la tierra angustia de las gentes...*

San Lucas, 21:25

Un día de estos el amor se perderá en la basura
que reposa en las calles de la ciudad.

La desidia va a apoderarse de cada ministerio al
servicio de falsos profetas –no importa cuán sagrados
sean, por supuesto.

Una sombra gris cubrirá las pupilas de los niños
antes de que estallen sus lágrimas sobre el asfalto.

Incluso los dichosos mosquitos negarán su
veneno.

Caerán uno tras otro los muros y las cercas que
mutilan los espacios.

El mar se tragará hasta el más profano de los
ídolos,

con todo y sus símbolos, con todo y sus altares.

Todo se hundirá sobre sus propios cimientos
para renacer.

Al final quedará el eco retorcido de los mitos
donde alguna vez hubo una plaza.

Alimento para peces

*Las iglesias hablan de la salvación,
y la gente reza y pide cosas en silencio, como los
peces.*

Carlos Varela

Alguna vez fui un pez,
un goldfish que se paseó ufano por el riachuelo.
Alguna vez fui un pez que se apareó en la orilla,
allí donde el agua es apacible; copulé con tantas
hembras que perdí la cuenta
y nadé contra la dócil corriente o me dejé llevar
por ella.

Un día, un chico se detuvo a admirar mi belleza
(eso creí),

me tomó entre sus manos y me llevó.

Una pecera con luz artificial, agua clorada y
guijarros falsos se volvió mi casa;

él lo dispuso de ese modo

y me dio de comer (cuando quiso), pero la
porción era inaceptable.

Sentí celos de un ave que cantó desde una rama,
más allá de la ventana,

allí donde no existen ni el agua clorada, ni las imitaciones de roca, ni los vidrios que delimitan fronteras.

Entonces golpeé mi rostro y mi cuerpo contra el cristal en demasía,

muchas veces, muchísimas, tantas... pero nada.

Alguna vez fui un espléndido pez que nadó contracorriente;

hoy han roto mis aletas y han lesionado mi cola.

Mi cuerpo sin fuerzas yace sobre el fondo, pero aún respiro y sueño;

sueño, aunque dicen que los peces no deben soñar (ni opinar, obviamente).

Sueño con irme lejos de este acuario,

pero Él insiste en retenerme;

tal parece que goza a costa de mi desdicha

y quizá, por mi desprecio, rara vez me ofrece una ración de alimento para peces.

Deus nostrum (patri nostrum)

*Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia,
porque serán saciados.*

Mateo 5:6

Padre Nuestro que estás en todas partes y en
ningún lugar,

que eres omnipresente y sagrado es tu nombre,
vino a nosotros tu Reino y se hizo tu Voluntad

(no la nuestra),

danos hoy, entonces,

el pan nuestro de cada día (solo el de cada día),

y perdona, por favor, nuestras ofensas

(las tuyas no las tomaremos en cuenta).

Así será con todo aquel que nos ofende,

y por favor, no nos dejes caer en la obsesión de
un mendrugo de pan,

un simple mendrugo (no más que eso).

Ah, Patri Nostrum, líbranos de la desdicha

y de la tentación migratoria infinita.

Réquiem por un año que murió

Ha muerto el año 25 del siglo XXI. Ojalá el recién nacido se atreva a ser tan solo un poquito mejor que los recientes, al menos para los cubanos; no quiero parecer pretencioso y ponerme a pedir por el resto del planeta, conozco muy bien mis limitaciones.

Solo espero que el amor no se nos diluya entre tanto basurero que se apoderó de las calles, y que, a pesar de la desidia y el abandono, no se nos mueran la esperanza ni la fe.

Me gustaría que la tierra de mañana se me colara muy dentro de los ojos; ojalá así desaparezcan los mosquitos que cargan virus como diminutos verdugos y que nunca más pueda ver un anciano pidiendo pan como si fuera un jodido zombi.

Ojalá que la inflación económica se infle tanto que reviente con todo y nosotros y las incontables tasas de cambio; y entonces la Moneda Emocional se convierta en nuestra única divisa, en la única patria que nunca pierda su valor, pase lo que pase y venga quien venga.

Ojalá esta isla del Caribe no se nos muera entre las manos, no se nos escurra como una anguila por culpa

de todo lo que vino y casi nadie quiso, pero aquí está como realidad innegable; quizá por culpa de quienes insisten en seguir martillando los huesos disecados de los que malviven.

Ruego que este año no sea mejor por obra y gracia del Señor, ni por tratar interminablemente de hacer más con menos, sino, simplemente, que tan solo sea mejor, aunque en el intento no quede ni un poeta para contar la verdadera historia de esta nación.

Perros poetas

Ya me puedo morir, no soy Vallejo.

Argel Fernández Granado

Dicen que soy un poeta de los buenos:
de esos que conmueven,
de esos que provocan,
de esos que se abren la carne en dos y les
florece versos.

Sigo pensando que es mentira.

No es más que un intento por romantizar mi
nombre o estas líneas que ahora escribo.

No quisiera ser uno más entre tanto bardo que
anda por ahí.

No.

No quiero ser de esos que deambulan luciendo
sus camisas de fuerza,
con sus brazos inútiles,
sin pluma ni papel,
sin poder escribir,

armados únicamente de su voz rasgada,
ladrando en los pasillos su patético llanto,
sin nadie que se detenga a escuchar,
o peor aún,
sin nadie que los tome en cuenta.

Odio ese lamento de perros poetas que mueren
por largarse.

Yo prefiero seguir aquí.

Al fin y al cabo a los psiquiatras no les importan
los malditos,
ni la poesía
ni sus consecuencias.

Temporada de lluvias

Mi mundo amaneció lluvioso y gris,
las calles ya no son aquellas por donde
caminamos.

La culpa es de unos hombres que lo ignoran todo.
Armados de excavadoras y máquinas grotescas
han convertido aceras y senderos
en fango donde se hunden mis zapatos gastados.
Según dicen resuelven un salidero o están
ejecutando no sé qué inversión.

No me importa.

Yo solo veo tu rostro en cada charco, en cada
esquina, en cada lugar,
incluso cuando cierro los ojos.

Llueve y no puedo asomarme al puto balcón:
las nubes desgarran tus curvas, tus senos,
y aquellos gestos que hacías cuando me hacías el
amor.

Esta llovizna de mierda moja mi ropa recién
tendida en el cordel,

y empapa las callejuelas y las flores y los perros;
esta llovizna conspira con esos obreros para
arruinarlo todo, para hundirme aún más en esta
depresión.

Siento la misma soledad que debe sentir una
vieja y oxidada antena de televisión sobre una azotea
vacía.

Mientras tanto, se inundan mis ojos:
porque aquí no ha parado de llover desde tu
ausencia.

Radiografía del insomnio

En el núcleo de mi insomnio, tus ojos son dos
planetas,

y nosotros:

suturas de una misma herida que se niega a
sanar.

No lo entiendo:

me miras como quien mira a un marciano de
cráneo deforme,
pero con la mirada tibia.

Entonces besas mi frente,

mis párpados,

mis mejillas.

Humedeces mis labios,

y tu lengua y la mía se reconcilian,

se reconocen.

Justo cuando el éxtasis habita mi sangre y

rebosa mis venas,

trasmutas en humo de cigarrillo que asciende al
techo

y huyes por la ventana.

Mi mirada alienígena termina clavada en el moho
que crece como bacterias por las paredes,
increpando tu rostro ancestral.

Canto para tus ojos ausentes

Con Lilian Yelena Carmenates Aguilera

Una vieja canción orbita sobre tu cuerpo: esa luna en fase liminal.

Podríamos fingir que somos dos meteoritos que estallan sobre la cama,

podríamos fingir eternamente que podemos vivir del fuego irreductible del deseo.

Pero nada,
vuelve la luz y se encandilan mis sentidos dentro de esta habitación vacía.

Qué inexplicable sabor me dejaste en los labios después de buscar tu piel en cada sitio.

Y mientras las paredes me devuelven una imagen traslúcida,

solo puedo ofrecerte **«un jardín espectral para tus ojos ausentes»**

Teorema del hastío

Para mi abuelo Chicho (QEPD)

Estoy cansado del agujero negro que habita en
mi pecho,

aburrido del latir ahogado de ese torpe motor
{que insiste en bombear mi sangre}

a pesar de todo...

a pesar de (tanto)²

Sed

...lloraba honradamente, ya lo creo, y los
caballos devoraban higos en silencio.

Luis Rogelio Nogueras

Cuando vivías aquí, las mañanas nunca fueron
tan oscuras.

Supongo que el día nació tan enclenque como un
enfermo de cáncer en fase terminal.

La luz del sol no trajo el alba consigo;
quizá por esa razón no advierto nada bello.

Los chiquillos no lucen su uniforme,
ni los acompañan sus madres inquietas para
llegar a tiempo al colegio.

Los autobuses no van a toda velocidad,
ni los obreros salen a sus labores cotidianas,
ni los poetas firman su dolor, ni nada.

Nada.

Ni siquiera un gallo delirante cantarí­a en una
mañana así.

La exigua luz del sol me atrapó sin sueño en mi
balcón,

atontado,
observando como un necio esta calle taciturna,
solitaria y vacía.

Las aves, los perros callejeros y los borrachos
salieron a buscarte;

inspeccionan en vano cada cuadra de la ciudad,
cada resquicio.

El amanecer hurgó en mis pensamientos y me
trajo estas ganas de tocar tu rostro;

me regaló este desierto que no pedí
y también esta sed que reseca mi garganta de
tanto que pronuncié tu nombre durante la madrugada.

La mañana me trajo este aislamiento forzado.

Ojalá y nunca regresen los perros, ni las aves, ni
los niños uniformados, ni las madres apresuradas, ni los
obreros, ni los borrachos, ni los poetas, ni nadie.

Ojalá mire un segundo al interior de este
apartamento que sin ti parece un terreno baldío

y al voltear a la calle te acerques con premura.

Eso espero.

Con un poco de suerte subirás las escaleras,
abrirás la puerta,

vendrás hasta el balcón

y

al besarme,
saciarás al instante esta estúpida sed de hombre
desterrado.

Maikel Sofiel Ramírez Cruz



Chaparra, Las Tunas, 1981. Es un escritor cubano cuya obra combina realismo visceral y lirismo áspero para abordar la marginalidad y el dolor con una voz intensamente personal. Autor de seis libros publicados en varios países. Ha sido incluido en once antologías y publicado en más de cincuenta revistas internacionales. Actualmente es columnista en la revista mexicana Paradigma.

Índice

ESCRITOR EN EL MARGEN.....	3
Cómo escribir un cóctel molotov literario.....	4
Carta inconclusa a Reinaldo Arenas.....	12
Mensaje en una botella para Virgilio Piñera.....	15
Mensaje para Guillermo Vidal Ortiz.....	18
Soliloquio con el espíritu de Antonio Borrego.....	21
De Las Tunas a París	24
Un trago de ron, una escopeta y un daiquirí.....	27
El Bukowski cubano que no soy ni pretendo llegar a ser	32
El canto de las sirenas	36
Sin anestesia.....	41
NOTAS DESDE LA TRINCHERA.....	45
Letalmente sensible	46
Las pequeñas cosas	54
La felicidad.....	57
Tiempos de crisis.....	60
No hay tiempo para vacaciones	62

Un pedacito de pan para mis hijos.....	66
LÍRICA MARGINAL.....	68
Breve lamento insular	69
Muros	71
Apocalipsis.....	72
Alimento para peces.....	74
<i>Deus nostrum (patri nostrum)</i>	76
Réquiem por un año que murió.....	77
Perros poetas	79
Temporada de lluvias	81
Radiografía del insomnio	83
Canto para tus ojos ausentes	85
Teorema del hastío	86
Sed.....	87
Maikel Sofiel Ramírez Cruz.....	90



Título: Cómo escribir un cóctel molotov literario. (y no dejarse matar en el intento).

Autor: Maikel Sofiel Ramírez Cruz.

Edición digital Hoja en blanco. Junio, 2026.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY – NC – ND 4.0

Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

www.hojaenblancoeditorial.com

